

Un libro maravilloso y la búsqueda de las luciérnagas sagradas

BRUDEN TERCERO NIETO



Capítulo 1

Preámbulo

El otoño revolotea de hojas amarillas cada rincón. El paseo que recorre el polideportivo enciende de roble cada mirada. Los abrigos que tímidamente han ido enseñoreando las tardes, y asimismo las mañanas, recorren a la prisa ay ingenuos el día.

Prudencito y Mariiita juntan en montones las hojas, que les recuerda siempre la historia del árbol de las mariposas, con forma de alas de mariposas. Lupita remolinea, tirando de la correa, no sea que un Odín, su prometido, pase y presumida tenga que ir a hociquearle. Kelly, más adulta, renquea su trote y dieciséis años a cuestas por las hojas, con su sonido ronco, como una cerdita contenta.

Mariiita pizpireta disfruta del otoño. De sus acres, de sus gualdas, de sus rojos deslucidos... Siempre y cuando la borra de la niebla, matinal o nocturna no difumine las calles como esta tarde refrescando las naricillas de nuestros infantes.

-Mira, Prudencito, pareces un señor de estos de los de antes... -ha trenzado un collar de hojas. Prudencito entrecierra los ojos y tuerce la cabecita un poco con fingida altivez...

-¿Así?...

-Bueno, bueno, no tanto... -la borra de la bruma ha ido algodónando la arboleda, y el polideportivo por lo que nuestros pequeñuelos deciden regresar.

-Grrr....

-Sí, Kelly Pruden y María ya nos estarán esperando. -prudencito tiene miedo de hablar, de traer las palabras, de escuchar el silencio del miedo que prenden sombras mucho más negras y sinuosas en su alma.

-Deprisa....-y echa a correr enloquecido, niño, seguido de una pizpireta mariiita con Lupita, igual de presumida a su lado...

-Y es que este Prudencito no aprende...

-Anda, ¿y esto...?

Un lecho de hojas gualdas, bello y hermoso, luce trémulo ante sus ojos.

-Pru... -cuando decidida sus manos intentaban tocarlo, algo ocurre que borra sus palabras, al tiempo que una torre, la campana, como les gusta llamarla a ella y a Prudencito, serigrafiada a toda luz en una hoja, se introduce en su bolsito...

-Guau, guau... -Lupita remolinea a su alrededor. Mira a un lado y a otro esperando encontrar a Prudencito y el paseo pero sus piecitos se hallan en un sembrado.

-Halaaaaa... Lupita, ya me toca regañina y limpiarme los zapatos de nuevo.

Ella y lupita se ponen a andar. Es de noche, pero la niebla ha sido sustituida por una luna grande. Las estrellas, como le gusta jugar a mariiita, son un juego de la oca donde salta con gracia de estrella a estrella.

Es curioso pero cuando descubre que el Polideportivo ha desaparecido así como los bloques donde viven Pruden y María no se siente extrañeza. Ni miedo. Y es que esta Mariiita es una aventurera. Se ajusta aún más la bufanda que María le puso al salir, tableteando los dientes de frío.

Posee una buena orientación y sigue la dirección del sol. Hacia el oeste. Siempre hacia el oeste. Donde las golondrinas ponen sus trajes de etiquetas a los crepúsculos manchegos. Donde desde la terraza de Pruden y María el cielo prende sus besos de magenta y añil en los antiguos silos de trigo y cereal y la iglesia de San Pedro.

-¿Y esto...? -saca del bolsito rojo siempre lleno de cosas... María le dice que ahí se puede encontrar un tesoro y seguro que será verdad... la hoja serigrafiada con la torre gorda de Miguelturra o la campana como le gusta llamarla a ella y Prudencito.

La mira por primera vez. Sabe que es su primera misión. Cuenta con la ayuda inestimable de la siempre fiel Lupita. Echa de menos a la Milita. Seguro que sus bigotes olerían cualquier problema a la lejanía. O a Lobita, la gata murciélagos como le gusta llamarla a Pruden. SErñia el perfecto escudero. Pero Lupita es perfecta.

-Lupitosa tú y yo solas ante el peligro. Hala. Toma envidia, Gary Cuper.

Falta Cásper. El viejo Cásper, el perro chucho que se murió con dieciocho años. Lo reconoce, y le duele. Pero una parte de ella sabe que el marinero de mar siempre les sigue guardián, protector. Falta la cigüeña Sofía con sus crías, ya adultas, jolín y tan adultas, Cristina y José. Falta la nube donde se encaramaban Pruden y María al principio... lo más poético y aventurero es el barro que sus zapatitos rojos van haciendo más y más pesados... pero silencio, la cúpula del Cristo comienza a aparecerse a

nuestros improvisadas protagonistas mientras la hoja destella brevemente.

1.- Mariiita y el comienzo de la aventura

El cielo azul de Octubre, en concreto el diecisiete de octubre martes, tiende la gabardina azul con estrellitas de luz y con ratoncillos pardos que la recorren como estratos sobre los hombros de Mariiita que acompañada de Lupita recorre ahora sí las calles principales del pueblo. Sus zapatos embarrados hace tiempo. Las calles aún no están asfaltadas.

La noche parece asimismo haber colgado los toldos sobre estas viviendas encaladas, donde de vez en cuando estremece la voz desahogada de un gorrino.

-Lupita, recuérdame que cuando hable con Prudencito le diga que no se deja a una muchacha como yo sola ante el peligro...

Unas lágrimas inquietas la hacen enrojecer. Necesita más a Prudencito de lo que puede reconocer. Las frondosas, con su hoja extensa y laminada, ya gualda, parecen estremecerse con la voz del infante.

Como centinelas de la iglesia de la asunción parecen querer cobrar su tributo a esta pequeña en su paso hacia delante...

No hay losetas doradas como las de Dorothy. Y no está Prudencito para reírse con sus tonterías. O con su corazoncito siempre bondadoso. Sólo esta estúpida hoja, con la imagen de la campana esa... Arroja al suelo. Seguida de cerca de Lupita.

La noche, no sabe nuestra protagonista ha ido emborronando con su bordado de estrellas, el zureo de las palomas que ahora reposan en la fuente de la Virgen; en los ojivales cristalosos... Los frondosos con su tronco, como el de las encinas, llenas de cicatrices, con sus hojas amplias, comienzan a remolinar con el viento, con las primeras denteras de lluvia que el solano consigue traer.

-Ven, Lupita, no tengas miedo, nos volvemos a casa....-sin recordar que no hay casa a la que regresar. -Prudencito sabrá qué hacer. Es miedica, pero también sabe que hacer en momentos de apuro.

Con Lupita en brazos, con los zapatos llenos de barro y con el cabello moreno lleno de agua no se da cuenta de que no se dirige a casa de Pruden y María. Ha tomado la calle del Cristo, donde la mamá del papá de Pruden tantas veces cruzara la calle para refugiarse en casa de doña Ciriaca, la madre de la abuela de Pruden, ya que llegaba bebido del

trabajo.

La lluvia cada vez arrecia más haciendo que casi sea imposible ver. Las palomas sobre las encinas de la plaza del Cristo guardan misterioso, más bien adormecido, silencio ante su paso.

-Mariiita.... -desde un olmo blanco le sale al encuentro.

-Prudencito... ¿dónde te habías metido, imbécil, tonto, bobo...? -le abraza, se limpia las lágrimas, le pega, le besa...

-Estuve buscándote pero la niebla no ayudaba nada. Kelly, tuve que cogerla en brazos, estaba muy preocupado por Pruden y María y no me di cuenta de que te había perdido.

Tiene que pararse a respirar. Está bastante sofocado.

-Jolín qué lluvia, Mariiita.

-Guau, guau...

-Sí, yo también te he echado de menos, Lupita. -esta mueve alegremente el rabo.

-Mariiita, estamos en el día y año en que nació Pruden...

-Pero,,,

-Sí, yo también estuve hecho un lío hasta que uno de los hijos de Sofía, nuestra intrépida cigüeña, me trajo la foto de la cúpula del Cristo de la misericordia, impresa en una hoja...

-Entonces volví y me encontré esto... -Saca de su cartera de descubridor el libro de hojas de otoño que vio Mariiita.

-Creo que es mágico- Las lágrimas de mariiita que la hacen parecer más desvalida, le hacen guardar silencio por un momento. Bueno la verdad es que nos..

El pico de Cristian, el hijo cigüeña de Sofía, le hace guardar silencio. Los músculos de sus alas menudos pero fuertes. Su mirada decidida. Hace a esta cigüeña macho acallar las palabras enternecidas de Prudencito. La hora del nacimiento se acerca y necesitan llegar a tiempo si quieren superar la primera prueba.

Ambos echan a correr, adelantadas por la cigüeña y al lado de Mariiita la

fiel Lupita, toda de blanco, hasta que llegan a la cúpula del Cristo...

-Halaaaa... Que da miedo, Mariiita...

-Prudencito... Aún con el miedo en el cuerpo. Aún no me has dicho como llegasta hasta aquí.

La torre, de estilo neoclásico, y que había sido objeto de almacenaje en la guerra civil, se conocía popularmente como la Torre Gorda o Ermita del Santísimo Cristo de la Misericordia, parecía conjurar las sombras con su imponente mole.

-Mariiita... creo que sabes la respuesta.

Un trémulo sollozo los sorprende y les hace darse la vuelta.

-Que ya nazcoooooo....

-Pero dime cómoooo... -y es que esta Mariiita nunca se da por sorprendida.

La puerta del número nueve que el papá de Pruden ayudó, entonces trabajaba de albañil, a reconstruir, daba paso por un pasillo al salón y desde allí a la habitación donde la madre de Pruden estaba dando a luz...

-pero Prudencito, esa es Paqui...

Prudencito se ha quedado en silencio. Esa cabeza de hebras morenas hiende el bajo vientre de Paqui para, con un enorme esfuerzo, saturado de lágrimas y dolor desde primeras horas de la tarde, hacer que los hombros salgan. Después es más fácil.

-iHalaaaaaaa! -Mariiita la de palabra fácil se ha quedado muda. Entre la sangre aún coagulada que don Calisto, el comadrón limpia, aparece un niño regordete que se acerca su mamá al pecho donde continúa estremecido y berreando pero cada vez menos...

-iQué feoooooo! -Christian le da un empujón con una de sus alas. Lupi menea el rabo una y otra vez.

La mamá de Pruden, enfebrecida, limpia el rostro de Pruden y le comienza a balancear ligeramente. Mientras tararea dulce, muy dulce...

Prudencito que se queda parado sin saber qué hacer. Sin saber qué palabra responder, sólo se estremece.

-Prudencito, que nos tenemos que ir yaaaaa...

-Noooo.... Sólo un momento, sólo un momento, sólo un momento...

El pico de Christian y las manos de Mariiita no muestran compasión y le aferran fuertemente conduciéndolo a la calle donde la lluvia les espera ya sin misericordia.

Prudencito se despierta en el lecho en casa de Pruden y maría.

-Perooooo....

-Prudencito, ya lo comprendí. Ahora sé qué te trajo hasta mí. No fueron mis sombras. No fueron mis lágrimas. Es la hoja que nos condujo a ambos con la iglesia campanona. Ahora sé que la loseta no era ella. Que la loseta era...

-La canción de nana que tarareó Paqui a Pruden...

-Así mi lucero no dudes ya más... mamá te tiene... y el coco se marchará...

La canción cierge esta noche de diciembre entre los dos pequeños. Lobita ronronea abiertamente al lado de ambos. El rabo como esas plumas de antiguo con que contar la historia. La loseta dorada con la nana de la mamá de Pruden elevándose junto a otras hojas de fresno, de frondosa, entre los tejados de esta Miguelturra que respira a invierno, que respira a memoria.

Capítulo 2

Mariiita y la librería mágica

La tormenta no ha dejado de sonar durante toda la noche. Las cinturas de las gatas, Lobita y Milita, encogiéndose y distendiéndose a merced. Los rabos de bigote sobre los labios de Prudencito y Mariiita. Cada crujido del cielo era la tos del Dios del cielo, sobre las nubes, esos nimbos cargaditos de pedacitos de nieve blanca, si la temperatura bajaba. El agua enredando de latidos cada objeto que tocaba. El tejado era algo más grave, la ventana más de llamada, como si alguien acabara de llegar de lejos, siempre de muy lejos.

La mañana siguiente nos encuentra a Mariiita explicando, de profesora, como le gusta presumir, con su pequeña pizarra y sus rotuladores de tinta líquida.

-No os tenéis que preocupar -Kelly se ha ocultado como siempre debajo del sofá, en el hueco que deja uno de los puffs-, mamá naturaleza es sabia -señala con la regla las nubes que ha pintado previamente rellenándolas de tinta azul oscura.

-Buuuffffffff....-Prudencito pasa haciendo el avión.

-¡Prudencitoooooo! -le da un bloc de hojas y lo sienta junto a las gatas, la marrón y blanca Milita, y la negra, vampiresa, Lobita, más rellenas después de la operación donde Pruden y María han tenido que operarlas, porque sufrían mucho el celo.

-Transporta el agua desde el agua que se encuentra en los ríos, arroyos, el mar... o desde el que se encuentra en los árboles, vegetales, flores... - Prudencito levanta la mano inmediatamente.

-Y -pone su sonrisa más pícaro y descreída- cómo la transporta, Mariiita, ¿con camiones? ¿o con grandes aviones cargados de líquido? ¿y a todo esto cómo consigue el agua de los árboles? ¿y por qué no de las personas si Pruden dice que estamos compuestos el setenta y cinco por ciento por agua?

Mariiita coge los rotuladores y la regla, las deja encima de la mesa y despacio, no sabe cuánto se parece a María, deja el salón cerrando la puerta.

-¿Mariiitaaaa? -La puerta de la calle se abre y se cierra de repente. Antes Prudencito ha escuchado cómo sonaban las llaves. Lobita y Milita miran a Prudencito, aunque pronto marchan a sus sillas donde se encaraman, contentas por el descanso obtenido. Lupita mueve el rabo y baja las

orejas mirando a Prudencito con ojos acusadores.

Prudencito se asoma a la ventana desde donde se contempla toda la calle de Peralbillo. Mariiita parece haber desaparecido. El cielo azul, con la acera y los tejados aún trémulos de agua, parece mirarle, o eso cree él, con cara acusadora. Con lágrimas en los ojos, sale del piso y de la edificación, gritando, casi chillando: "¡Mariiitaaaaaa!".

-Este Prudencito, siempre igual, siempre igual... -las lágrimas aún hipando en su rostro- Bobo, terco, más que terco... -Sus pasos dirigiéndola, sin darse apenas cuenta, al paseo del Pabellón Polideportivo, donde los robles encienden con sus bolitas, ya resacas, de navidad, este mes de diciembre. Sus pasos cubren una a una las hojas, grandes, ha atravesado el polideportivo y se ha dirigido de nuevo al centro donde las hojas de mariposas la esperan inquietas, azuzadas por el azul.

Entra en una librería.

-¿Qué rato, Lupit...? -se da cuenta de que Lupi Holmes, como la llama Pruden, no ha venido con ella- si no había ning...

El timbre de la puerta, como las de antes, eso sí se le viene a la cabeza sin verbalizarlo, la introduce a un mundo que le encanta. Sabe que de mayor quiere ser maestra. Y los libros, como le gusta pensar, son puertas a nuevos mundos por descubrir.

-Segnoritaaaa... en qué puedo ayudarla... -rasguea la eñe como los habitantes de los países nórdicos. "Qué interesante", piensa. Tras las palabras un bigote cano y abundante. La edad, sin poder concretar, entre los cincuenta y setenta años.

-Yo... no sé... Estaba dando clases a Prudencito, terco, creído, presuntuoso..., a las gatas lobita y milita y a Lupita, nuestra lupi Holmes, nuestra perrita Kelly, ella también me escucha aunque ya es un poco mayor, pero sé que le gusta.

La puerta ha vuelto a sonar varias veces, pero no se ha dado cuenta. Ha caído en el suelo y cuando se despierta tiene un libro en su regazo. Y está de nuevo en la plaza cobijada entre los árboles de las hojas de mariposas de luz.

La portada del libro muestra una niña con una cometa, pero es una estrella. Acaricia extasiada la imagen porque está en relieve. El título en letras doradas. Dorothy Mariiita en busca de las losetas doradas.

-Pero... -su sorpresa y curiosidad van en aumento, cuando al pasar la portada y la primera página de nuevo con el título, se encuentra el relato, palabra a palabra, de ella y a Prudencito en el polideportivo cuando

encontró el libro sobrenatural, con la hoja de roble serigrafiada con la torre o cúpula de la iglesia del Cristo. Lee y relee cada palabra. Sin poder comprender cómo pueden estar ahí, tan plásticamente grabadas.

-Es fácil, Mariiita, estás soñando como siempre -le parece oír las palabras de Prudencito- y sin embargo el viento del cierzo, gélido como el de la noche anterior, vuelve a soplar fuerte y deshace una a una las hojas del libro, quedando en sus manos una tan solo, serigrafiada con una estación de tren.

-Pero...

Los árboles siguen ahí dándole su cobijo, pero se halla ahora trasladada de nuevo al pasado y en la estación de estío. El solano la recibe con su generoso abrazo. Guarda en el bolso, que se había traído por si acaso, y es que este Prudencito acabará apareciendo, o eso se dice ella siempre que se marcha enfadada.

Sabe que ha vuelto al pasado, la década de los setenta. Echa a andar resuelta, recogiendo los rizos, en un moño por detrás, hacia Ciudad Real. Allí le espera la infancia de Pruden.

Coge dirección la calle Real y, por la vía de los segadores, inicia el ascenso a Ciudad Real. Los silos de maíz y de trigo que siempre observa desde casa de Pruden y María son su referente. Sabe orientarse, diablos si sabe orientarse. Nadie puede decir de ella que es una niña remilgada, timorata, y que se atrevan que se encontrarán con los pocos cabellos arrancados.

Las motos traquetean con un sonido espeluznante. Pero ella no les presta atención. La hoja hierve en su bolso. Menos mal que esta mañana se puso zapatillas. La gente del campo vuelve a casa en sus carros tirados por mulos con los aperos para recoger la siembra del trigo. El estío les sienta tan bien. Son como un mapa donde se pudiera leer.

Si al menos lupita estuviera con ella. Pero no, no le va a dar el gusto a Prudencito, no es una gallina. O una cocoricóoo. Una furgoneta de repente le pasa al lado, sonando la bocina a todo gas. Y llenándola de tierra y polvo arcilloso que la hace estornudar.

-Atchússss...

-Jesús...

-Prudencito... -no hay reproche esta vez. Él sin que ella pudiera verlo había acudido a lomos de la cigüeña Sofía. La mamá de Christian.

-Pero cómo...

-Fácil, Sofía como siempre nos había venido a visitar, ya sabes que tiene más tiempo libre desde que sus hijos son mayores, y, cuando me escuchó gritar tu nombre, me cogió entre sus alas grandes, como ella sólo sabe hacerlo, y nos fuimos tras de ti. Primero al paseo del polideportivo y luego a la plaza pero allí te nos perdiste. Cuando regresaste estabas como ida, como ausente... Y de nuevo la realidad cambió. Sofía y yo te hemos seguido...

-¿Me perdonas? -Mariita con lágrimas en los ojos lo abraza con toda su fuerza. Allí le explica todo desde que ella desapareció hasta que volvió a aparecer enseñando a ambos la hoja con la estación de tren serigrafiada en la hoja.

-No te preocupes. Sofía, tenemos nueva aventura. Condúcenos a la estación de tren. -Es curioso como desde el cielo se ven las cosas de otra manera. Los silos de trigo, todo de cemento y ladrillo, se acercan notablemente a los pequeños, mientras siguen comentando lo de la librería y el librero. Luego desde allí, toman dirección noreste, adonde se encontraba la estación de tren. Ésta cerca de una de las puertas que antiguamente daba entrada a la villa, más antiguamente, la puerta de Ciruela, venía cargada con los pentagramas de latidos y tiempo de los antiguos ferrocarriles. La población, como pueden contrastar ambos infantes, está formada sobre todo de casas adosadas unas a otras.

La tarde se halla ya ramoneando el día cuando ambos consiguen alcanzar la estación.

-Sofía, déjanos aquí. Vete a beber algo de agua y a comer algo. Luego nos recoges aquí, enfrente de la estación.

Prudencito y Mariita se cogen de la mano. Se les hace muy extraño. Siempre los acompaña Lupi Holmes, como le gusta llamarla a Prudencito, pero esta vez no. Sólo las esquilas de las ovejas que trotan de manos del pastor y de un perro que las guía. Sólo los sonidos de la cigarra y de los grillos acechando levemente a la noche.

Los gritos de la comunidad de etnia gitana y sus cuerpos de niños pequeños y no tan pequeños casi desnudos los saludan a su vez.

-Pero, Prudencito, la hoja tenía serigrafiada la estación de tren....

-Ya, Mariita, pero Pruden y su infancia están un poquito más adelante. No te preocupes ya queda poco.

Las casas de este barrio, el conocido como barrio sur o Larache, creadas para los trabajadores de renfe, hoy hablaban entre las heridas

desconchadas por donde se mostraban los ladrillos. Una bicicleta de las de antes pasa por su lado. Un joven mozo, delgado, fuerte, moreno, con mono azul los saluda sin recatar en ellos.

-Prudencito... es...

-Mariiita, sssshhh... ya lo sé. El padre de Pruden.

Alcanza el final del barrio y una casa que hace esquina, se para y abre el candado de uno de los accesos, en la calle Ceuta, número 28.

-Halaaaa....

La puerta queda abierta. Hay cosas que ya no se plantean. Saben que es así. La franquean. Hay un niño rubio, con los ojos llenos de estrellas en los ojos, que observa admirado al padre. Éste en el baño, una habitación con espejo, unta la brocha de afeitar en la barra de jabón, y se afeita.

Junto al niño hay ya una niña con dos coletas, o quiquis en el pelo, morena, muy morena. Que ya aprende a alimentarse de sol y de primavera. Inquieta, ratona. Saben su nombre, Prado, o Pradi, como la llamaba Pruden de pequeño. No se está quieta, es como yo, piensa Mariiita, un potrillo inquieto que Pruden niño no aprendió nunca a domar. Y que le transportaba siempre de aventura en aventura.

La noche ronronea ya con sus hélices de insectos y libélulas. El campo serrando sus viñedos y olivares con la voz del solano inquieto.

Prudencito arropa a Pruden niño con su cobija de estampaciones. No puede evitarlo. Cazaría una a una las mariposas de crespones negros que le asustan a este niño. Mariita, sin que Pradi, se dé cuenta por supuesto danza alrededor de una Pradi pizpireta.

Uno y otro se recuestan al lado de nuestros niños Pruden y Prado a la espera de un nuevo día. Pero eso será un nuevo día. Sofía los ha recogido conduciéndolos de nuevo al presente.

Mariita, cuando comienza el sueño, sabe que les espera una laaaarga jornada y hay una loseta por conseguir.

-Mariiita, buenas noches

-Prudencito buenas noches -la sonrisa del librero parece perseguirla. Hay otra imagen suya que se repite una y otra vez y es ella con un candil lleno de libélulas estremeciendo la noche. Pero eso será mañana.

Mariiita y la librería mágica

La tormenta no ha dejado de sonar durante toda la noche. Las cinturas de las gatas, Lobita y Milita, encogiéndose y distendiéndose a merced. Los rabos de bigote sobre los labios de Prudencito y Mariiita. Cada crujido del cielo era la tos del Dios del cielo, sobre las nubes, esos nimbos cargaditos de pedacitos de nieve blanca, si la temperatura bajaba. El agua enredando de latidos cada objeto que tocaba. El tejado era algo más grave, la ventana más de llamada, como si alguien acabara de llegar de lejos, siempre de muy lejos.

La mañana siguiente nos encuentra a Mariiita explicando, de profesora, como le gusta presumir, con su pequeña pizarra y sus rotuladores de tinta líquida.

-No os tenéis que preocupar -Kelly se ha ocultado como siempre debajo del sofá, en el hueco que deja uno de los puffs-, mamá naturaleza es sabia -señala con la regla las nubes que ha pintado previamente rellenándolas de tinta azul oscura.

-Buuuffffffff....-Prudencito pasa haciendo el avión.

-¡Prudencitoooooo! -le da un bloc de hojas y lo sienta junto a las gatas, la marrón y blanca Milita, y la negra, vampiresa, Lobita, más rellenas después de la operación donde Pruden y María han tenido que operarlas, porque sufrían mucho el celo.

-Transporta el agua desde el agua que se encuentra en los ríos, arroyos, el mar... o desde el que se encuentra en los árboles, vegetales, flores... - Prudencito levanta la mano inmediatamente.

-Y -pone su sonrisa más pícaro y descreída- cómo la transporta, Mariiita, ¿con camiones? ¿o con grandes aviones cargados de líquido? ¿y a todo esto cómo consigue el agua de los árboles? ¿y por qué no de las personas si Pruden dice que estamos compuestos el setenta y cinco por ciento por agua?

Mariiita coge los rotuladores y la regla, las deja encima de la mesa y despacio, no sabe cuánto se parece a María, deja el salón cerrando la puerta.

-¿Mariiitaaaa? -La puerta de la calle se abre y se cierra de repente. Antes Prudencito ha escuchado cómo sonaban las llaves. Lobita y Milita miran a Prudencito, aunque pronto marchan a sus sillas donde se encaraman, contentas por el descanso obtenido. Lupita mueve el rabo y baja las orejas mirando a Prudencito con ojos acusadores.

Prudencito se asoma a la ventana desde donde se contempla toda la calle de Peralbillo. Mariiita parece haber desaparecido. El cielo azul, con la acera y los tejados aún trémulos de agua, parece mirarle, o eso cree él, con cara acusadora. Con lágrimas en los ojos, sale del piso y de la edificación, gritando, casi chillando: "¡Mariiitaaaaaa!".

-Este Prudencito, siempre igual, siempre igual... -las lágrimas aún hipando en su rostro- Bobo, terco, más que terco... -Sus pasos dirigiéndola, sin darse apenas cuenta, al paseo del Pabellón Polideportivo, donde los robles encienden con sus bolitas, ya resacas, de navidad, este mes de diciembre. Sus pasos cubren una a una las hojas, grandes, ha atravesado el polideportivo y se ha dirigido de nuevo al centro donde las hojas de mariposas la esperan inquietas, azuzadas por el azul.

Entra en una librería.

-¿Qué rato, Lupit...? -se da cuenta de que Lupi Holmes, como la llama Pruden, no ha venido con ella- si no había ning...

El timbre de la puerta, como las de antes, eso sí se le viene a la cabeza sin verbalizarlo, la introduce a un mundo que le encanta. Sabe que de mayor quiere ser maestra. Y los libros, como le gusta pensar, son puertas a nuevos mundos por descubrir.

-Segnoritaaaa... en qué puedo ayudarla... -rasguea la eñe como los habitantes de los países nórdicos. "Qué interesante", piensa. Tras las palabras un bigote cano y abundante. La edad, sin poder concretar, entre los cincuenta y setenta años.

-Yo... no sé... Estaba dando clases a Prudencito, terco, creído, presuntuoso..., a las gatas lobita y milita y a Lupita, nuestra lupi Holmes, nuestra perrita Kelly, ella también me escucha aunque ya es un poco mayor, pero sé que le gusta.

La puerta ha vuelto a sonar varias veces, pero no se ha dado cuenta. Ha caído en el suelo y cuando se despierta tiene un libro en su regazo. Y está de nuevo en la plaza cobijada entre los árboles de las hojas de mariposas de luz.

La portada del libro muestra una niña con una cometa, pero es una estrella. Acaricia extasiada la imagen porque está en relieve. El título en letras doradas. Dorothy Mariiita en busca de las losetas doradas.

-Pero... -su sorpresa y curiosidad van en aumento, cuando al pasar la portada y la primera página de nuevo con el título, se encuentra el relato, palabra a palabra, de ella y a Prudencito en el polideportivo cuando encontró el libro sobrenatural, con la hoja de roble serigrafiada con la torre o cúpula de la iglesia del Cristo. Lee y relee cada palabra. Sin poder

comprender cómo pueden estar ahí, tan plásticamente grabadas.

-Es fácil, Mariiita, estás soñando como siempre -le parece oír las palabras de Prudencito- y sin embargo el viento del cierzo, gélido como el de la noche anterior, vuelve a soplar fuerte y deshace una a una las hojas del libro, quedando en sus manos una tan solo, serigrafiada con una estación de tren.

-Pero...

Los árboles siguen ahí dándole su cobijo, pero se halla ahora trasladada de nuevo al pasado y en la estación de estío. El solano la recibe con su generoso abrazo. Guarda en el bolso, que se había traído por si acaso, y es que este Prudencito acabará apareciendo, o eso se dice ella siempre que se marcha enfadada.

Sabe que ha vuelto al pasado, la década de los setenta. Echa a andar resuelta, recogiendo los rizos, en un moño por detrás, hacia Ciudad Real. Allí le espera la infancia de Pruden.

Coge dirección la calle Real y, por la vía de los segadores, inicia el ascenso a Ciudad Real. Los silos de maíz y de trigo que siempre observa desde casa de Pruden y María son su referente. Sabe orientarse, diablos si sabe orientarse. Nadie puede decir de ella que es una niña remilgada, timorata, y que se atrevan que se encontrarán con los pocos cabellos arrancados.

Las motos traquetean con un sonido espeluznante. Pero ella no les presta atención. La hoja hierve en su bolso. Menos mal que esta mañana se puso zapatillas. La gente del campo vuelve a casa en sus carros tirados por mulos con los aperos para recoger la siembra del trigo. El estío les sienta tan bien. Son como un mapa donde se pudiera leer.

Si al menos Lupita estuviera con ella. Pero no, no le va a dar el gusto a Prudencito, no es una gallina. O una cocoricóoo. Una furgoneta de repente le pasa al lado, sonando la bocina a todo gas. Y llenándola de tierra y polvo arcilloso que la hace estornudar.

-Atchússss...

-Jesús...

-Prudencito... -no hay reproche esta vez. Él sin que ella pudiera verlo había acudido a lomos de la cigüeña Sofía. La mamá de Christian.

-Pero cómo...

-Fácil, Sofía como siempre nos había venido a visitar, ya sabes que tiene más tiempo libre desde que sus hijos son mayores, y, cuando me escuchó

gritar tu nombre, me cogió entre sus alas grandes, como ella sólo sabe hacerlo, y nos fuimos tras de ti. Primero al paseo del polideportivo y luego a la plaza pero allí te nos perdiste. Cuando regresaste estabas como ida, como ausente... Y de nuevo la realidad cambió. Sofía y yo te hemos seguido...

-¿Me perdonas? -Mariita con lágrimas en los ojos lo abraza con toda su fuerza. Allí le explica todo desde que ella desapareció hasta que volvió a aparecer enseñando a ambos la hoja con la estación de tren serigrafiada en la hoja.

-No te preocupes. Sofía, tenemos nueva aventura. Condúcenos a la estación de tren. -Es curioso como desde el cielo se ven las cosas de otra manera. Los silos de trigo, todo de cemento y ladrillo, se acercan notablemente a los pequeños, mientras siguen comentando lo de la librería y el librero. Luego desde allí, toman dirección noreste, adonde se encontraba la estación de tren. Ésta cerca de una de las puertas que antiguamente daba entrada a la villa, más antiguamente, la puerta de Ciruela, venía cargada con los pentagramas de latidos y tiempo de los antiguos ferrocarriles. La población, como pueden contrastar ambos infantes, está formada sobre todo de casas adosadas unas a otras.

La tarde se halla ya ramoneando el día cuando ambos consiguen alcanzar la estación.

-Sofía, déjanos aquí. Vete a beber algo de agua y a comer algo. Luego nos recoges aquí, enfrente de la estación.

Prudencito y Mariiita se cogen de la mano. Se les hace muy extraño. Siempre los acompaña Lupi Holmes, como le gusta llamarla a Prudencito, pero esta vez no. Sólo las esquilas de las ovejas que trotan de manos del pastor y de un perro que las guía. Sólo los sonidos de la cigarra y de los grillos acechando levemente a la noche.

Los gritos de la comunidad de etnia gitana y sus cuerpos de niños pequeños y no tan pequeños casi desnudos los saludan a su vez.

-Pero, Prudencito, la hoja tenía serigrafiada la estación de tren....

-Ya, Mariiita, pero Pruden y su infancia están un poquito más adelante. No te preocupes ya queda poco.

Las casas de este barrio, el conocido como barrio sur o Larache, creadas para los trabajadores de renfe, hoy hablaban entre las heridas desconchadas por donde se mostraban los ladrillos. Una bicicleta de las de antes pasa por su lado. Un joven mozo, delgado, fuerte, moreno, con

mono azul los saluda sin recatar en ellos.

-Prudencito... es...

-Mariiita, sssshhh... ya lo sé. El padre de Pruden.

Alcanza el final del barrio y una casa que hace esquina, se para y abre el candado de uno de los accesos, en la calle Ceuta, número 28.

-Halaaaa....

La puerta queda abierta. Hay cosas que ya no se plantean. Saben que es así. La franquean. Hay un niño rubio, con los ojos llenos de estrellas en los ojos, que observa admirado al padre. Éste en el baño, una habitación con espejo, unta la brocha de afeitar en la barra de jabón, y se afeita.

Junto al niño hay ya una niña con dos coletas, o quiquis en el pelo, morena, muy morena. Que ya aprende a alimentarse de sol y de primavera. Inquieta, ratona. Saben su nombre, Prado, o Pradi, como la llamaba Pruden de pequeño. No se está quieta, es como yo, piensa Mariiita, un potrillo inquieto que Pruden niño no aprendió nunca a domar. Y que le transportaba siempre de aventura en aventura.

La noche ronronea ya con sus hélices de insectos y libélulas. El campo serrando sus viñedos y olivares con la voz del solano inquieto.

Prudencito arropa a Pruden niño con su cobija de estampaciones. No puede evitarlo. Cazaría una a una las mariposas de crespones negros que le asustan a este niño. Mariiita, sin que Pradi, se dé cuenta por supuesto danza alrededor de una Pradi pizpireta.

Uno y otro se recuestan al lado de nuestros niños Pruden y Prado a la espera de un nuevo día. Pero eso será un nuevo día. Sofía los ha recogido conduciéndolos de nuevo al presente.

Mariiita, cuando comienza el sueño, sabe que les espera una laaaarga jornada y hay una loseta por conseguir.

-Mariiita, buenas noches

-Prudencito buenas noches -la sonrisa del librero parece perseguirla. Hay otra imagen suya que se repite una y otra vez y es ella con un candil lleno de libélulas estremeciendo la noche. Pero eso será mañana.

Mariiita y la librería mágica

La tormenta no ha dejado de sonar durante toda la noche. Las cinturas de las gatas, Lobita y Milita, encogiéndose y distendiéndose a merced. Los

rabos de bigote sobre los labios de Prudencito y Mariiita. Cada crujido del cielo era la tos del Dios del cielo, sobre las nubes, esos nimbos cargaditos de pedacitos de nieve blanca, si la temperatura bajaba. El agua enredando de latidos cada objeto que tocaba. El tejado era algo más grave, la ventana más de llamada, como si alguien acabara de llegar de lejos, siempre de muy lejos.

La mañana siguiente nos encuentra a Mariiita explicando, de profesora, como le gusta presumir, con su pequeña pizarra y sus rotuladores de tinta líquida.

-No os tenéis que preocupar -Kelly se ha ocultado como siempre debajo del sofá, en el hueco que deja uno de los puffs-, mamá naturaleza es sabia -señala con la regla las nubes que ha pintado previamente rellenándolas de tinta azul oscura.

-Buuuffffffff....-Prudencito pasa haciendo el avión.

-iPrudencitooooo! -le da un bloc de hojas y lo sienta junto a las gatas, la marrón y blanca Milita, y la negra, vampiresa, Lobita, más rellenas después de la operación donde Pruden y María han tenido que operarlas, porque sufrían mucho el celo.

-Transporta el agua desde el agua que se encuentra en los ríos, arroyos, el mar... o desde el que se encuentra en los árboles, vegetales, flores... - Prudencito levanta la mano inmediatamente.

-Y -pone su sonrisa más pícaro y descreída- cómo la transporta, Mariiita, ¿con camiones? ¿o con grandes aviones cargados de líquido? ¿y a todo esto cómo consigue el agua de los árboles? ¿y por qué no de las personas si Pruden dice que estamos compuestos el setenta y cinco por ciento por agua?

Mariiita coge los rotuladores y la regla, las deja encima de la mesa y despacio, no sabe cuánto se parece a María, deja el salón cerrando la puerta.

-¿Mariiitaaaa? -La puerta de la calle se abre y se cierra de repente. Antes Prudencito ha escuchado cómo sonaban las llaves. Lobita y Milita miran a Prudencito, aunque pronto marchan a sus sillas donde se encaraman, contentas por el descanso obtenido. Lupita mueve el rabo y baja las orejas mirando a Prudencito con ojos acusadores.

Prudencito se asoma a la ventana desde donde se contempla toda la calle de Peralbillo. Mariiita parece haber desaparecido. El cielo azul, con la acera y los tejados aún trémulos de agua, parece mirarle, o eso cree él, con cara acusadora. Con lágrimas en los ojos, sale del piso y de la

edificación, gritando, casi chillando: "¡Mariiitaaaaaa!".

-Este Prudencito, siempre igual, siempre igual... -las lágrimas aún hipando en su rostro- Bobo, terco, más que terco... -Sus pasos dirigiéndola, sin darse apenas cuenta, al paseo del Pabellón Polideportivo, donde los robles encienden con sus bolitas, ya reseca, de navidad, este mes de diciembre. Sus pasos cubren una a una las hojas, grandes, ha atravesado el polideportivo y se ha dirigido de nuevo al centro donde las hojas de mariposas la esperan inquietas, azuzadas por el azul.

Entra en una librería.

-¿Qué rato, Lupit...? -se da cuenta de que Lupi Holmes, como la llama Pruden, no ha venido con ella- si no había ning...

El timbre de la puerta, como las de antes, eso sí se le viene a la cabeza sin verbalizarlo, la introduce a un mundo que le encanta. Sabe que de mayor quiere ser maestra. Y los libros, como le gusta pensar, son puertas a nuevos mundos por descubrir.

-Segnoritaaaa... en qué puedo ayudarla... -rasguea la eñe como los habitantes de los países nórdicos. "Qué interesante", piensa. Tras las palabras un bigote cano y abundante. La edad, sin poder concretar, entre los cincuenta y setenta años.

-Yo... no sé... Estaba dando clases a Prudencito, terco, creído, presuntuoso..., a las gatas lobita y milita y a Lupita, nuestra lupi Holmes, nuestra perrita Kelly, ella también me escucha aunque ya es un poco mayor, pero sé que le gusta.

La puerta ha vuelto a sonar varias veces, pero no se ha dado cuenta. Ha caído en el suelo y cuando se despierta tiene un libro en su regazo. Y está de nuevo en la plaza cobijada entre los árboles de las hojas de mariposas de luz.

La portada del libro muestra una niña con una cometa, pero es una estrella. Acaricia extasiada la imagen porque está en relieve. El título en letras doradas. Dorothy Mariiita en busca de las losetas doradas.

-Pero... -su sorpresa y curiosidad van en aumento, cuando al pasar la portada y la primera página de nuevo con el título, se encuentra el relato, palabra a palabra, de ella y a Prudencito en el polideportivo cuando encontró el libro sobrenatural, con la hoja de roble serigrafiada con la torre o cúpula de la iglesia del Cristo. Lee y relee cada palabra. Sin poder comprender cómo pueden estar ahí, tan plásticamente grabadas.

-Es fácil, Mariiita, estás soñando como siempre -le parece oír las palabras de Prudencito- y sin embargo el viento del cierzo, gélido como el de la

noche anterior, vuelve a soplar fuerte y deshace una a una las hojas del libro, quedando en sus manos una tan solo, serigrafiada con una estación de tren.

-Pero...

Los árboles siguen ahí dándole su cobijo, pero se halla ahora trasladada de nuevo al pasado y en la estación de estío. El solano la recibe con su generoso abrazo. Guarda en el bolso, que se había traído por si acaso, y es que este Prudencito acabará apareciendo, o eso se dice ella siempre que se marcha enfadada.

Sabe que ha vuelto al pasado, la década de los setenta. Echa a andar resuelta, recogiendo los rizos, en un moño por detrás, hacia Ciudad Real. Allí le espera la infancia de Pruden.

Coge dirección la calle Real y, por la vía de los segadores, inicia el ascenso a Ciudad Real. Los silos de maíz y de trigo que siempre observa desde casa de Pruden y María son su referente. Sabe orientarse, diablos si sabe orientarse. Nadie puede decir de ella que es una niña remilgada, timorata, y que se atrevan que se encontrarán con los pocos cabellos arrancados.

Las motos traquetean con un sonido espeluznante. Pero ella no les presta atención. La hoja hierve en su bolso. Menos mal que esta mañana se puso zapatillas. La gente del campo vuelve a casa en sus carros tirados por mulos con los aperos para recoger la siembra del trigo. El estío les sienta tan bien. Son como un mapa donde se pudiera leer.

Si al menos lupita estuviera con ella. Pero no, no le va a dar el gusto a Prudencito, no es una gallina. O una cocoricóoo. Una furgoneta de repente le pasa al lado, sonando la bocina a todo gas. Y llenándola de tierra y polvo arcilloso que la hace estornudar.

-Atchússss...

-Jesús...

-Prudencito... -no hay reproche esta vez. Él sin que ella pudiera verlo había acudido a lomos de la cigüeña Sofía. La mamá de Christian.

-Pero cómo...

-Fácil, Sofía como siempre nos había venido a visitar, ya sabes que tiene más tiempo libre desde que sus hijos son mayores, y, cuando me escuchó gritar tu nombre, me cogió entre sus alas grandes, como ella sólo sabe hacerlo, y nos fuimos tras de ti. Primero al paseo del polideportivo y luego a la plaza pero allí te nos perdiste. Cuando regresaste estabas como ida, como ausente... Y de nuevo la realidad cambió. Sofía y yo te hemos

seguido...

-¿Me perdonas? -Mariita con lágrimas en los ojos lo abraza con toda su fuerza. Allí le explica todo desde que ella desapareció hasta que volvió a aparecer enseñando a ambos la hoja con la estación de tren serigrafiada en la hoja.

-No te preocupes. Sofía, tenemos nueva aventura. Condúcenos a la estación de tren. -Es curioso como desde el cielo se ven las cosas de otra manera. Los silos de trigo, todo de cemento y ladrillo, se acercan notablemente a los pequeños, mientras siguen comentando lo de la librería y el librero. Luego desde allí, toman dirección noreste, adonde se encontraba la estación de tren. Ésta cerca de una de las puertas que antiguamente daba entrada a la villa, más antiguamente, la puerta de Ciruela, venía cargada con los pentagramas de latidos y tiempo de los antiguos ferrocarriles. La población, como pueden contrastar ambos infantes, está formada sobre todo de casas adosadas unas a otras.

La tarde se halla ya ramoneando el día cuando ambos consiguen alcanzar la estación.

-Sofía, déjanos aquí. Vete a beber algo de agua y a comer algo. Luego nos recoges aquí, enfrente de la estación.

Prudencito y Mariiita se cogen de la mano. Se les hace muy extraño. Siempre los acompaña Lupi Holmes, como le gusta llamarla a Prudencito, pero esta vez no. Sólo las esquilas de las ovejas que trotan de manos del pastor y de un perro que las guía. Sólo los sonidos de la cigarra y de los grillos acechando levemente a la noche.

Los gritos de la comunidad de etnia gitana y sus cuerpos de niños pequeños y no tan pequeños casi desnudos los saludan a su vez.

-Pero, Prudencito, la hoja tenía serigrafiada la estación de tren....

-Ya, Mariiita, pero Pruden y su infancia están un poquito más adelante. No te preocupes ya queda poco.

Las casas de este barrio, el conocido como barrio sur o Larache, creadas para los trabajadores de renfe, hoy hablaban entre las heridas desconchadas por donde se mostraban los ladrillos. Una bicicleta de las de antes pasa por su lado. Un joven mozo, delgado, fuerte, moreno, con mono azul los saluda sin recatar en ellos.

-Prudencito... es...

-Mariiita, ssshhhh... ya lo sé. El padre de Pruden.

Alcanza el final del barrio y una casa que hace esquina, se para y abre el candado de uno de los accesos, en la calle Ceuta, número 28.

-Halaaaa....

La puerta queda abierta. Hay cosas que ya no se plantean. Saben que es así. La franquean. Hay un niño rubio, con los ojos llenos de estrellas en los ojos, que observa admirado al padre. Éste en el baño, una habitación con espejo, unta la brocha de afeitar en la barra de jabón, y se afeita.

Junto al niño hay ya una niña con dos coletas, o quiquis en el pelo, morena, muy morena. Que ya aprende a alimentarse de sol y de primavera. Inquieta, ratona. Saben su nombre, Prado, o Pradi, como la llamaba Pruden de pequeño. No se está quieta, es como yo, piensa Mariiita, un potrillo inquieto que Pruden niño no aprendió nunca a domar. Y que le transportaba siempre de aventura en aventura.

La noche ronronea ya con sus hélices de insectos y libélulas. El campo serrando sus viñedos y olivares con la voz del solano inquieto.

Prudencito arropa a Pruden niño con su cobija de estampaciones. No puede evitarlo. Cazaría una a una las mariposas de crespones negros que le asustan a este niño. Mariiita, sin que Pradi, se dé cuenta por supuesto danza alrededor de una Pradi pizpireta.

Uno y otro se recuestan al lado de nuestros niños Pruden y Prado a la espera de un nuevo día. Pero eso será un nuevo día. Sofía los ha recogido conduciéndolos de nuevo al presente.

Mariiita, cuando comienza el sueño, sabe que les espera una laaaarga jornada y hay una loseta por conseguir.

-Mariiita, buenas noches

-Prudencito buenas noches -la sonrisa del librero parece perseguirla. Hay otra imagen suya que se repite una y otra vez y es ella con un candil lleno de libélulas estremeciendo la noche. Pero eso será mañana.

Capítulo 3

Las seis luciérnagas sagradas

La mañana con sus sábanas de frescor y luz caldea la habitación. Prende con sus mariposas de luz un revoloteo en los cuerpecitos de Pruden y su hermana tendidos inocentemente. Unos pensamientos aún no definidos yerran en la cabeza del Pruden infante.

Querido Prudencito:

Apenas puedo enviarte unas líneas. -La voz de Mariiita de natural, cálida, a excepción eso sí de cuando hacía de maestra o médica, ayayya, bien lo sabía él y más de un cachete que había recibido, sonaba ahora preocupada y de algún modo, angustiada-. Vas a ser Prudencito, de forma literal. Te vas a levantar como un niño de cuatro años, sintiendo, pensando y con el alma de todo un torbellino. Eso será encantador, pero no vas a recordar nada de quién eres ahora. ¿Recuerdas que la noche anterior después de haber pasado aquel día en la casa donde se crió de pequeño Pruden soñé con una vasija de luciérnagas y yo corriendo en mitad de la noche?

Sofía, la cigüeña, con su sabiduría me recordó que las luciérnagas, además de presentar la luz en la oscuridad, ya sabes lo seria y mamá pato que se pone ella, presuponen para los egipcios la esencia y divinidad de los antiguos faraones. Sí. Esos que en vez de tumbas se construían pirámides. Ayyyy este Prudencito. En su lecho mortuorio diseminaban huevas de luciérnagas para que más adelante les revelaran el sendero a la vida eterna. Vale, ya me callo.

En el libro mágico, como siguiente loseta dorada me salía la librería con lo que tuve que volver de nuevo al pasado y a la plaza de la Inmaculada. No sabías qué frío hacía. La puerta de la tienda, no me preguntes cómo volvió a materializarse, sólo sé que lo haría, se abrió para invitarme a entrar con su campanilleo de Navidad.

-Holaaaa.... Señorita María... ¿Otra vez por aquí? Creo que la última vez se llevó un libro que nos pertenece... No, no ponga esa cara de preocupación. Los libros nos escogen, ¿no lo sabe?

-Sí...no... ¿qué?... -la cara de Mariiita cambiaba a cada pregunta y aseveración de nuestro misterioso librero.

-Mire, estoy super liada, últimamente nos pasan unas de cosas a Prudencito y a mí, que si tenemos que buscar huellas del pasado de Pruden en hojas doradas que siempre acaban en mis manos. Sé que esta librería no existe y, por tanto, usted tampoco, pero ya le he dicho que

últimamente... Y ya me estoy repitiendo. Joder... -Mariiita se puso colorada- Es que a Prudencito no le gusta que diga palabrotas.

-Y dice bien, dice bien... La luz es un bien, mi querida niña, que hemos de cuidar. Jajaja...

-¿Y ahora de qué se ríe? -el librero se limpia las manos en un delantal y se dirige a una pila de libros donde encima se observa un frasco debidamente enroscado con luciérnagas revoloteando dentro.

-Hablando de la luz, mi querida niña. Creo que esto, al igual que el libro, te pertenece. O más bien, serán las losetas doradas que habrá de seguir Prudencito...

-Peroooooo...

Te juro, Prudencito, que cuando desperté de nuevo con la boca llena de asombro, ya me temía algo semejante, estaba con el frasco lleno de luciérnagas en medio de la plaza sin rastro, como podrás imaginar de la librería.

-¿Y ahora qué hago yo con un frasco lleno de estos insectos de luz? - Lupita a mi lado rezongaba el rabo y hociqueaba a las palomas que se atrevían a bajar a la fuente a beber agua.

Como ya te he dicho, ha sido Sofía, después de que descubriéramos que habías desaparecido, quien nos dio la interpretación. Son tus losetas doradas, Prudencito, quienes te ayudarán a encontrar el camino de vuelta. Lo malo es que no recordarás esta conversación. Sólo puedo acompañarte con mi amor y con mis plegarias. Tampoco, tampoco podrán estar contigo ni Milita, ni Lobita, ni nuestros animales.

Desde aquí haremos todo lo posible para ayudarte, pero este viaje lo harás tú solo... Sólo al aparecer cada luciérnaga recordarás tu viaje y podrás comunicarte conmigo. Te advierto que no aparecerán en los momentos buenos... por lo que tendrás que ser fuerte. Sí, ya sé que siempre me dices que lo eres, pero...

La voz comienza a ser cada vez más borrosa, incluso susurrante... La sonrisa de Prudencito sigue en un hilo distendido, sabe que ha tenido un buen sueño. Aunque como casi siempre no lo recuerda. Pradito se ha despertado y como un torbellino abre las puertas, la que da directa al patio y la que da directa a la cocina, chillando jovial llena de vida.

-¡Qué mas le puedo pedir a la vida? -Prudencito se arroja con la sábana esperando que a Pradito se le pase. Por soñar...

Por un instante, cuando sale al patio medio adormilado, al ver pasar a Pradito con los brazos abiertos como un avión, cree recordar algo pero luego menea la cabeza, como hará muuucho después cuando grande.

-¡Qué ganas de desayunar!

-Esoeso -dice Pradito- un buen tazón de colacao sopado con pan.

La mañana picoteada de jilgueros y golondrinas eleva su promesa sobre el barrio de Larache. Tiempo después, un tiempo después, una preocupada Mariiita abraza a Lupita y a Lobita, pidiéndoles que no dejen solos a Prudencito en su aventura. Les va a necesitar y muchoooo. Sofía ya ha echado a volar. Realmente sabe a quién necesitan